

TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRÁFICOS



Constance Talmadge

CUADERNO N° 57

35 CTS.

EL PRÓXIMO CUADERNO

WILL ROGERS

EL FAMOSO ACTOR DEL LIENZO, CREADOR DE
UNA NUEVA MODALIDAD EN LA ESCENA MUDA
SU RECIA PERSONALIDAD : SUS TRIUNFALES
ÉXITOS : DETALLES DE SU VIDA

EN PREPARACIÓN

EDITH JOHNSON : MAE MURRAY
LARRY SEMON : HELEN HOLMES

TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRÁFICOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Bruch, 3 - BARCELONA

Se publica los sábados

Estos cuadernos se servirán a domicilio, mediante los siguientes

ABONOS

Abono anual, *España y Portugal: 18 ptas. - Extranjero: 25 ptas.*

semestral	>	>	9	>	12'50	>
trimestral	>	>	4'50	>	6'25	>

Pago adelantado, por Giro Postal o valores de fácil cobro

TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRÁFICOS

CONSTANCE TALMADGE

POR

MARTÍN ROJAS

CONSTANCE TALMADGE
COMO ACTRIZ CINEMA-
TOGRÁFICA :: :: :: :: ::



L apellido Talmadge es un apellido glorioso en los anales del teatro y la cinematografía.

Nuestros lectores conocerán sin duda la biografía aparecida en estos cuadernos de la inimitable Norma, que supo llevar días de gloria al teatro y al cine, siendo en la actualidad una de las artistas

más famosas de Yanquilandia.

Queremos, en estas líneas, trazar a grandes rasgos el retrato de su hermana Constance, que con Natalia forma el trío inimitable, que admiran todos los aficionados al arte mudo.

Constance no tiene una personalidad artística tan definida como Norma, no tiene, sobre todo, esa enorme volubilidad que impul-

sa a ésta a respresentar ante la cámara los papeles más opuestos, desde la ingenua, traviesa y alocada a la mujer cuyo corazón aparece oprimido bajo la garra de profundos dolores.

Constance, sin embargo, es una gran artista, una artista de temperamento vigoroso, sacudida a veces por soplos geniales, por esos soplos geniales a los que debe su triunfo en la cinematografía.

Hemos dicho antes que Constance no tiene una personalidad artística tan definida como Norma y hemos dicho mal. Constance es personal también. Pero su rostro, demasiado bello, demasiado armonioso, no tiene esa movilidad asombrosa de la cara de Norma ni esa graciosa imperfección, que da a esta última un carácter personalísimo en sus creaciones.

Nosotros hemos visto muchas películas de Constance. Desde aquellas primeras que hizo para la Triangle hasta estas últimas editadas por el primer Circuito, pasando por las que impresionó para la Select y para la Selznick.

Y en todas nos ha agradoado de un modo extraordinario.

Alguien se ha permitido afirmar que la belleza de Constance es superior a su arte, aprovechando una frase que había sido creada para Gaby Deslis.

Nosotros protestamos de esto. Reconocemos que la frase es justa aplicada a la bella artista francesa. No tiene, en cambio, razón de ser, aplicada a Constance Talmadge. Poque el arte de Constance es muy superior a su belleza, a pesar de que la artista de que nos ocupamos es extraordinariamente bella.

En la memoria de todos estaran sin duda sus admirables cracaciones en «Zapatitos que duelen», la deliciosa comedia de Selznick, en «Buenas noches, Pablo», en «Qué importa». Una gracia sutil y delicada pone la artista en estas creaciones, encantándonos, suggestionándonos con su arte sincero, que tiene una gran dosis de verismo.

Uno de los mayores éxitos cinematográficos de Constance fué el que obtuvo hace algunos años con la película «Una vampiro virtuosa».

Un periódico neoyorquino, refiriéndose a dicha producción, dice lo siguiente:

«Constance Talmadge se revela en esta cinta como actriz de altos vuelos, y si a esto se agrega que la producción tiene elemento, tanto artístico como grato y sentimental, el éxito está asegurado.

Conway Tearle debe compartir los honores de la interpretación.

Es una novelita cinematográfica sin mayores consecuencias, pero con toda seguridad dejará satisfecho a cualquier público.

La fotografía y la dirección están muy bien. Lo mismo puede decirse de la presentación, que se adapta muy especialmente a las dotes reconocidas de la bella e ingenua intérprete.»

Otro de sus éxitos más reconocidos por la crítica mundial fué

el de la cinta «Buenas referencias», editada por el Primer Circuito Nacional de Exhibidores.

He aquí lo que el mismo periódico nos dice referente a esta producción:

«La deliciosa interpretación de Constance Talmadge es la característica de esta nueva producción encomendada a la popular actriz.

Los recursos de escena son legítimos y los incidentes bien llevados, de manera que con eso y con la buena colaboración que Constance obtiene en la obra, el argumento queda relegado a segundo lugar y sirve nada más de pretexto a que la estrella se luzca más y mejor.»

Como se ve, Constance triunfa en el cine plenamente, y aunque el arte de su hermana Norma le hace un poco de sombra, su popularidad es tan grande hoy como la de la inimitable creadora de «La sociedad del matrimonio».

**UNA INTERVIÚ CON LA
ESTRELLA :: CONSTANCE
TALMADGE DICE QUE NO
ENCUENTRA AL HOMBRE
IDEAL PARA CASARSE**

Antes de entrar de lleno en la vida de Constance Talmadge, vamos a reproducir una interviú celebrada con la estrella por el corresponsal cinematográfico en Estados Unidos de la revista *Palcos e Telas*, de Rio Janeiro.

Nos servirá esta entrevista como de preludio para ir presentando a nuestros lectores el carácter, un poco extraño, de la linda Constance.

He aquí las líneas en cuestión:

«Para hablar con Constance no necesita el interviuvador dirigirse a la luminosa costa del Oeste.

En Nueva York, en la gran urbe del Atlántico, la ciudad de los negocios, tiene ella, con su hermana Norma, instalado su estudio.

Nos vimos hace algunos días...

— Dígame una cosa, señorita... ¿Fué Griffith quien la presentó en el cinematógrafo?

— Se dice eso por ahí, pero no es verdad. Antes de conocer a Griffith yo había trabajado ya para «Fine Arts», de la Triangle, con Robert Harron. Lo que hizo David Wark Griffith fué darme, en «Intolerancia», la ocasión de poder revelarme como actriz.

— ¿Después del casamiento de su hermana?

— Exactamente. Si Norma no se casa, continuaría yo siendo aún la niña del hogar y la hermana de la actriz, sin tener oportunidad de revelarme. El casamiento de Norma me favoreció bastante, bajo este punto de vista.

— Y a propósito... ¿No piensa usted casarse, señorita?

— ¡Todos me preguntan eso! Utimamente me he visto tan asediada por esta clase de preguntas, que escribí un artículo para contestar a todas... ¿Lo conoce usted?... Ese artículo se titulaba: «Yo y el matrimonio»; y en él me refería a ese tema. El público, porque me ve casarme en todas las películas, juzga que aquello es en serio, y así, hay quien me pregunta si soy la esposa de Earle Fox, de Harrison Ford, o de Wyndham Standing, de cualquiera que haya hecho, cinematográficamente de mi marido.

— Por lo que me dice, deduzco que usted no piensa casarse...

— No. Creo que pasarán todavía algunos años antes de dejarme cazar por el dulce lazo... Eso se queda para Norma, a quien le gustan los maridos.

— ¿Entonces la señorita se juzga incapaz de que le guste su marido?

— De que me guste me siento capaz, de amarle también. Pero de lo que me juzgo incapaz es de encontrar en él cualidades que nos hagan felices. ¿Quiere oír lo que yo decía en mi artículo? Escuche: «A menos de que exista un amor absoluto, el matrimonio está expuesto a convertirse en una enorme monotonía antes de transcurrir un año. El amor es la luz del sol de la vida... El matrimonio es... la luz del gas» ¿Qué me dice usted de esto?

— Digo que tiene usted una idea bien pobre del matrimonio y que hablando así, se asemeja usted a la alegre mariposa del vodevil que ha creado...

— ¡Por partes! Vamos por partes, amigo mío. En primer lugar, yo no tengo una pobre idea del matrimonio, ni tampoco soy la creadora de ese vodevil a que usted se refiere, pues ese título pertenece a mi amiga Dorothy Gish. La «pobre idea» que yo tengo no es de los matrimonios, sino de los maridos...

— Juego de palabras, al final...

— Absolutamente... El matrimonio es admirable, pero los componentes son enemigos de él, porque la mujer, como usted sabe, es propensa a la inconstancia, y el hombre se aburre pronto de lo que le pertenece.



Constance Talmadge

Caricatura de Jarefa

— ¡Es una admirable manera de pensar, señorita! Y, puesto que no conoce usted otros maridos que los de la pantalla, ¿cuál de estos le gusta más?

— Wyndham Standing.

— Yo creía que era Harrison Ford.

— No hay nada de eso — rió Constancia —. Como la mayoría del público usted pensó que a fuerza de querernos tanto en el lienzo, algo nos quedaría para la vida privada, pero no hay tal. Harrison es un gran amigo mío, pero nada más. Es uno de los galanes que más están de acuerdo con mi trabajo, pero como esposo lo encuentro sencillamente detestable... Esto que le digo a usted se lo he dicho a él mismo.

— ¿Entonces sólo lo acepta como galán?

— ¡Como tal y como amigo! Otro de mis galanes favoritos es Earle Fox, con quien me he casado cinematográficamente varias veces.

— ¿Y de los actores, cuál es su favorito?

— Mi amigo Douglas.

— ¿Y de las actrices?

— Norma y Mary Pickford.

— ¿Es usted amiga de Mary?

— Mucho. Mary, Mildred Harris, Lilian y Dorothy Gish y yo, casi nos hemos criado juntas.

— ¿Cuál es su género predilecto?

— ¡No me hable de eso! ¡Tengo la cabeza que es un mundo! Unos dicen que voy muy bien en la comedia, otros que en el drama es donde estoy perfectamente, otros que yo debía estar en el circo... Entretanto, yo me siento inclinada al género vodevil. Me seduce hacer papeles de niña ingenua y maliciosa. Y lo raro es que al público parece que también le agrada verme en esos papeles. John Emerson y Anita Loos, su esposa, que son la mejor pareja de argumentistas que conozco y que son mis directores, saben escogerme los papeles de acuerdo con mi temperamento, un tanto revoltoso...

— ¿Practica usted los deportes?

— Gusto mucho de ellos. Monto a caballo, manejo con facilidad un bote o un auto, juego al tennis y gusto de todos los deportes al aire libre... ¡Pero no me hable, por Dios, de saltar ni de hacer gimnasia sueca!

— ¿Le teme a eso?

— ¡Mucho! Calcule que últimamente, con mis hermanas Norma y Natalia, me dió la manía de practicarla. El profesor era un antiguo capitán del ejército, que durante una semana nos tuvo una hora por día levantando y bajando los brazos a su voz de mando. ¡Casi fallecí de aburrimiento! Enflaquecí mucho, y por último pensé que lo mejor era que los suecos se quedaran con su gimnasia y rompí toda clase de relaciones con ella.

Me despedí de la graciosa y hermosa artista, que en la vida real es la misma de la pantalla. Sus amigas la tratan con el cariñoso diminutivo de «Cony».

Es la flor más bella y más revoltosa del mundo de las películas. No está quieta nunca. Piernas, pies, brazos, ojos, boca, todo está en movimiento siempre, comunicando a todo lo que dice un cierto encanto infantil, matizado de notas llenas de gracia.»

EL EPISODIO SENTIMENTAL DE LA VIDA DE CONSTANCE :: LA ACTRIZ DESMIENTE CON HECHOS : SUS DECLARACIONES :

Hemos visto con la anterior intervención que Constance le tiene miedo al matrimonio. Ella, a sí misma, se tacha de inconstante y reconoce en el hombre una falta absoluta de buenas cualidades capaces de asegurar la felicidad en el matrimonio.

¿Habló sinceramente Constance al afirmar esto tan grave?

No lo creemos. Constance Talmadge es una niña traviesa, para quien la vida no tiene otra finalidad que ofrecerle cosas amables y risueñas.

El matrimonio, para ella, no dejaba de ser un juego encantador, y lo demostró con su unión, que acaba de tener un desenlace que a la artista le habrá dejado un poco de amargor en el alma.

La linda Constance era la niña mimada de la casa, porque Natalia, la más pequeña, debido a su carácter humilde y trabajador, no se prestaba a aceptar todos los mimos y todas las delicadezas que rodean a la segunda hija de la familia Talmadge.

En estas condiciones, Constance se enamoró, y se casó a pesar de sus escarceos literarios sobre el amor y el matrimonio.

Veamos como ocurrió esto.

Constance, como hemos visto, tenía sus previsiones contra el amor. Por eso se puso en guardia. Por eso huyó del amor de los galanes de la pantalla, viendo en ellos un peligro. Pero no supo huir, al mismo tiempo, de los amores de los hombres de la vida real, de esos hombres que, con aspecto inofensivo, pueden hacer la desgracia de una mujer.

De ahí su error.

Constance, como la mayoría de las artistas de hoy en día, soñó en ser una burguesita. Soñó con tener un hogar, muy pequeño y muy limpio, donde criar a los hijos de su amor. Y se equivocó. El tiempo llevó a su alma blanca tal vez el primer desengaño.

Cerca de la casa de las Talmadge, en Nueva York, tenía su establecimiento un súbdito griego apellidado Pialoglou, que se dedicaba al negocio de la venta de tabaco.

Este Pialoglou era, y es, un hombre moreno, de cabello rizado y con dos ojos más negros que el carbón. Era además muy airoso y muy elegante, con una elegancia un poco afectada y teatral.

Constance Talmadge pasaba todos los días varias veces ante la tienda del griego, sin parar mientes en el negocio de tabaco de su vecino.

Pero un día con una cordialidad de meridional, Pialoglou la abordó cuando ella pasaba ante su puerta y le dijo:

— Señorita, la he visto anoche trabajar en una película, y quedé encantado de tener una vecina de tanto talento.

— ¿Y cómo sabe usted que soy yo la misma que la de la pantalla?

— ¡Oh, ya tuve interés en averiguarlo! Teniendo una portera francesa como tienen ustedes, todas las pesquisas son fáciles.

Desde aquel día, Pialoglou y Constance se saludaron a menudo y a veces entablaban conversaciones discretas, que duraban unos minutos.

En la vida de vértigo de Constance, en medio del torbellino de los estudios y del bullicio de la ciudad gigantesca y febril, aquellos minutos de conversación eran para la artista como un oasis de suave frescor.

Pronto llegaron a ser aquellos diálogos una necesidad para la actriz ya famosa. Pasaba el día nerviosa si alguna vez no lograba ver a su griego, por hallarse él despachando tabaco a algún cliente a la hora de su paso. Y Pialoglou, a su vez, pensando seguramente que aquella muchacha era un gran partido, fomentaba aquellas relaciones que tenían un gran sabor a viejo romanticismo.





Constance Talmadge, en « El escándalo »

LAS GRANDES ESTRELLAS CÓMICAS DEL LIENZO



Constance Talmadge, en
«Zapatitos que duelen»



Constance Talmadge, en 'Buenas noches, Pablo'

UNA CARTA DE AMOR,
QUE HACE ESTALLAR EL
::::::: VOLCAN ::::::

Conviene advertir, para seguir mejor este proceso amoroso, que Constance Talmadge gustaba de recrear su espíritu con lecturas selectas, en muchas de las cuales Grecia y el Partenón jugaban un importante papel.

Criada además en un ambiente de prosaísmo y dotada de un espíritu romántico y soñador, la linda artista, por la ley de los contrastes, se sentía inclinada hacia aquel hombre, que para ella representaba un mundo de leyenda.

Un día el idilio puramente platónico, se convirtió en algo más real, gracias a una carta que el galán escribió a la dama haciéndole ver la llama inmensa de su pasión.

En aquella carta el vendedor de tabaco, sacando de su escondite esa alma de artista que llevan dentro de sí todos los griegos, derrochó frases de oropel, hizo alardes de ingenio, encontró palabras fogosas para hacer la apología de su amor y supo, en fin, pintar con colores tan vivos su pasión, que Constance picó el anzuelo que se le tendía.

Desde entonces empezaron una serie de relaciones íntimas entre el tabaquero y la actriz. Tenía aquel idilio algo de horaciano dentro del ambiente mercantil de la gran ciudad de Nueva York.

Constance vivió por entonces una verdadera novela de amor, con todos los ingredientes necesarios en esta clase de obras: la pasión fogosa del galán, el amor sublime de la dama, un rinconcito en la noche para hablar intimamente bajo la lámpara de plata de la luna, la oposición familiar y otros excesos.

En medio de todas estas cosas, la actriz, volando en alas de su temperamento novelesco, era feliz, completamente feliz.

La única nube que turbaba su felicidad era la oposición de su familia. Era una oposición tenaz, que no escuchaba razones, que no se avenía a ninguna clase de arreglo.

La propia Norma, a pesar de su temperamento libre de prejuicios, era de las que más se destacaban en el hogar con su oposición irrazonada y absurda.

Esta actitud de su familia fué a avivar más todavía la llama del amor de Constance por el súbdito griego.

Aquel amor, que sin la oposición de los parientes de la artista hubiese sido un idilio fugaz, de que Constance se cansaría seguramente muy pronto, se tornó en una pasión violenta, que se sentía capaz de saltar sobre todos los obstáculos.

La linda actriz ya no miraba la posición vulgar de su adora-

dor; ya no veía en él un vendedor de tabaco, que tal vez esperaba con ansia el matrimonio para resarcirse de su vida de trabajo continuo. Para ella, el griego, investido de un prestigio de leyenda gracias a la oposición de la familia, era ahora un personaje novelesco, por el que la joven se creía obligada a sacrificar su felicidad y hasta su vida.

Y vino lo inevitable: el matrimonio, confirmando el dicho popular de que no hay vallas contra el amor.

ESTALLA EL VOLCÁN ::
UN RAPTO NOVELESCO
EN MEDIO DEL SILENCIO
:: :: DE LA NOCHE :: ::

De nada sirvieron la prohibiciones, las riñas, los encierros. Constance Talmadge, convencida de su amor hacia el hombre que había sabido despertar su corazón, se dejaba arrastrar por aquella pasión violenta, que llevaba a su alma norteña ráfagas ardientes de poesía meridional.

Aquello, para su cabecita soñadora, llena de quimeras y de ensueños, era una bella página de la vida, que ella procuraba vivir en toda su intensidad.

Y un día sobrevino la catástrofe prevista.

El griego, cansado de aguardar, esperó aquella mañana a Constance a la salida de su estudio, pues las entrevistas a la puerta de su tienda hacía tiempo que no se celebraban por la vigilancia que sobre Constance ejercía su familia.

Cuando la artista salió, los dos enamorados dieron un paseo a pie por las calles de la gran urbe, y en aquel paseo quedó acordado el plan que ambos iban a desarrollar para llevar hasta el fin aquel idilio romántico.

Por la noche, John Pialoglou debía dirigirse a la casa de Constance. Esta, vestida ya para salir, le esperaría tras los cristales de una de sus ventanas, y al verle llegar saldría sigilosamente de la casa materna para reunirse con él en la calle.

Ya allí, todo estaba previsto. Un automóvil esperaría a la vuelta de una esquina, y pronto los dos amantes verían confirmado su amor en un hotelito de las afueras de Nueva York, después de

haber pasado por casa de un pastor, para que les echase las bendiciones.

Todo se llevó a cabo como había sido acordado. Aquella noche, Constance esperó que su familia se acostase, y ella fingió acostarse también. Entró su madre en la habitación para dar a su hija el beso con que la despedía todas las noches, y la linda Constance fingió dormir.

Después esperó, llena de inquietud. El corazón le latía apresuradamente, y a la artista le parecía que sus latidos despertarían a los habitantes de la casa.

Poco a poco la casa fué quedando en silencio, un silencio absoluto, que de vez en cuando interrumpía el rodar de un vehículo por la calle asfaltada.

Constance se asomó a la ventana y miró. Una sombra pasaba por la acera de enfrente. De vez en cuando se hundía en la oscuridad de un zaguán, y volvía a aparecer luego, iluminada por el resplendor de una lámpara eléctrica.

La joven se vistió apresuradamente. Le temblaban las manos y las piernas, y este temblor dificultaba sus movimientos.

Un mueble crujío en el silencio de la noche, y Constance creyó que iba a desmayarse.

Por fin, vestida ya, se dirigió a la puerta de la calle, que tenía una cerradura «Yale» perfectamente silenciosa. Pero a la linda muchacha se le figuró que aquella cerradura crujía de un modo extraordinario, como esas mohosas cerraduras de las cárceles, que al introducirse en ellas la llave, enorme, lanzan un gemido desgarrador.

Cuando se vió en la calle, respiró. Él estaba allí, a su lado, dispuesto a ampararle contra posibles peligros.

Subieron al auto, que emprendió veloz la ruta que le había sido indicada. De tarde en tarde, cuando un policía hacía detener el coche, para facilitar el tránsito, Constance temblaba nuevamente y se agarraba al hombre que iba a ser su marido, como si quisiera fundirse en él.

Llegaron al fin a la casa del pastor, y después, casados ya como Dios y la sociedad mandan, fueron a arrullarse a un hotelito cercano a la gran ciudad.

Cuando la familia de Constance se enteró de la locura, ya no había remedio. Los dos esposos, unidos por el lazo del matrimonio, juraron que se amarían eternamente y que nada, ni nadie podría separarlos.

Vino la reconciliación, el vendedor de tabaco cerró su negocio para transformarse en el administrador de su esposa, y no pasó ~~esta~~ más.



UN IDILIO QUE SE ROM-
 PE :: CONSTANCE TAL-
 MADGE RENIEGA DE LAS
 :: :: NOVELERÍAS :: ::

Y vivieron los dos esposos algunos meses de plácida felicidad. Nada turbaba su dicha. La vida conyugal se deslizaba para ellos como un manso arroyo siempre igual, donde no hay un remolino que turbe el curso tranquilo de su corriente.

A estas fechas, nosotros creíamos sinceramente en la felicidad de Constance y su esposo, y suponíamos que nos habíamos equivocado en nuestras sospechas de que el matrimonio no había sido para la linda actriz más que un juego agradable, que tendría un epílogo desastroso.

Por desgracia, la realidad, la triste realidad de la vida que ahoga todos los sueños y estrangula todas las quimeras, viene a darnos la razón.

Los últimos periódicos llegados de América nos traen la noticia de que entre John Pialoglou y Constance Talmadge se plantea el divorcio, por incompatibilidad de caracteres.

Esto nos trae a la memoria la figura principal de «La princesa Bebé», la deliciosa comedia de nuestro gran Benavente.

La princesa, una romántica también, se ha enamorado del secretario de su marido, pide el divorcio y se casa con aquel hombre, sacrificándose para elevarlo hasta ella.

Los primeros tiempos del matrimonio son felices. Pero después, ella se convence de que se ha equivocado. Ella creía ser amada por ella misma, por su cuerpo, por su alma. La realidad le trae el triste desengaño. El hombre que se casó con ella no se conforma con pasar obscurecido por el mundo, consagrado únicamente a su amor. Quiere ser también un poco príncipe. Quiere gozar de la vanidad de ser el marido de una princesa.

Y entonces, la bella princesa que todo lo sacrificó por su amor, ve que el amor ha sido substituido por la vanidad, por aquella vanidad ridícula de la Corte, de que ella había huido...

¿No es un poco parecido el caso de «La princesa Bebé» al caso de Constance Talmadge, la actriz triunfadora que eleva hasta ella a un simple vendedor de tabaco?

En el pleito que actualmente se entabla entre las dos partes que componen el matrimonio mal avenido, Constance hace observar a los jueces que si pide el divorcio es porque su esposo no la permite continuar sus labores en el cine.



Constance Talmadge

Creemos que esto es una excusa, para no sacar a relucir, en toda su vergonzosa porquería, los trapos sucios del hogar.

Lo cierto es que el idilio se ha truncado, y que aquel sueño de amor que Constance, con su loca cabecita había imaginado, se esfumó en esa región ignota donde los sueños se convierten en humo...

**«BUENAS REFERENCIAS»,
UNA DE LAS ÚLTIMAS
PRODUCCIONES DE LA
ESTRELLA :: :: :: :: ::**

En las primeras páginas hemos hablado de esta producción de la gran artista, que conceptuamos como uno de sus mayores éxitos cinematográficos.

Ahora, para solaz de nuestros lectores, vamos a reseñar brevemente su asunto, en el que se puede adivinar el trabajo encantador de la protagonista, que se hallaba en plena luna de miel cuando impresionó esta película:

«Mary Wayne es el nombre de la encantadora protagonista de esta novela. Huérfana de un gran novelista, de quien hasta hace poco había sido amiga, compañera y secretaria, se encuentra de improviso, a la muerte de su padre, en una pobre casa de huéspedes, con un billete de cinco dólares entre sus manos y el mundo cruel ante ella.

Como en la casa de huéspedes se prohibía terminantemente cocinar en las habitaciones, cuando la dueña le viene a reclamar una vez más que Mary le pague, ésta, que se encuentra precisamente en aquellos momentos cocinando su comida, arroja el reverbero debajo de la cama, se prende fuego al cubrecama, y, bajo una lluvia de imprecaciones la dueña de la casa llama a los bomberos e insulta a la infeliz muchacha.

Y sucede que la Asociación de Interesados en el Desarrollo Intelectual pone un anuncio solicitando una muchacha, y Mary le escribe.

Pero como no lleva referencias, los directores de la Agencia no la toman en consideración.

En el momento en que Mary sale de la oficina se encuentra con su amiga Nell Crosom, que acaba de colocarse.

Pero la infeliz enferma gravemente, y ¿qué remedio le queda a Mary sino cambiar de personalidad con su amiga y aceptar el empleo que aquella había obtenido?

Así lo hace, y encuentra que el empleo es en casa de una solterona, muy religiosa y estricta.

Esta señora, que se nombra Carolina Marshall, tiene un sobrino que acaba de llegar del colegio y que ha traído consigo otro joven nombrado Pete, a quien introduce en la casa como su ayuda de cámara.

Pete es un excelente ayuda de cámara hasta que Mary llega a la casa.

Y como Pete se enamora de Mary, y Bill es el que tiene todo el derecho, pues él solamente aparenta ser un ayuda de cámara, Pete induce a la tía a que presente a Bill en sociedad como un futuro sacerdote.

La tía así lo hace, invitando al obispo a la fiesta, mas Bill no está conforme con eso y el día de la recepción se marcha de la casa.

Efectivamente, Bill se mete en un lío tremendo y Mary se ve precisada a ir a sacarlo del precinto en compañía de un amigo boxeador con quien se ha reunido.

Finalmente, la novela de amor entre el ayuda de cámara, que Bill sabe que es un joven de buena sociedad, y la secretaria de la tía, se hace tan molesta para Bill, que éste un día los invita a una excursión y los deja en traje de baño a muchas millas de Nueva York.

Todo se arregla al fin con el matrimonio, y la preciosa Mary encuentra un marido que de ayuda de cámara se transforma repentinamente en gran señor.

**:: LAS MANUFACTURAS
QUE HA RECORRIDO
CONSTANCE TALMADGE**

Constance Talmadge es una joven inquieta, incapaz de sostenerse mucho tiempo en una manufactura determinada.

Eso explica la diversidad de marcas cinematográficas en que la vemos aparecer, a pesar de llevar tan poco tiempo trabajando para la pantalla.

Empezó primero en la Triangle, esa escuela de artistas y directores que ningún aficionado a la cinematografía puede olvidar,

y se quedó después al lado de Griffith, bajo cuya dirección se reveló como una artista de brillante porvenir en «Intolerancia».

Cansada pronto de sujetarse a las órdenes del mago de la dirección artística, la joven aceptó un contrato ventajoso para la Select Pictures.

Pero ese contrato duró muy poco tiempo, y entonces le abrió de par en par sus puertas la manufactura Selznick.

Más tarde, cuando Norma sintió la tentación de trabajar sola, Constance marchó a su lado, lo mismo que Natalia, y fué aquél el estudio de las hermanas Talmadge.

Por último la vemos interpretar diversos papeles para el Primer Circuito Nacional de Exhibidores donde suponemos que sigue en la actualidad, esperando sin duda que la suerte le traiga un cambio codiciable.

Así de inquieta, de voluble y de inconstante es esa artista, que por una ironía del Destino se llama Constancia.





TRAS LA PANTALLA

Galería de Artistas Cinematográficos

SE VENDE EN TODA ESPAÑA, BALEARES, PORTUGAL, ÁFRICA (POSESIONES ESPAÑOLAS) Y EN EL NORTE Y SUR DE AMÉRICA

Cuadernos publicados

De venta en esta Admón.: Bruch, 3 - Barcelona, y en casa nuestros agentes exclusivos al precio de 35 cént.

N.º 1 Francesca Bertini, 3.ª edición. — N.º 2 Ch. Chaplin (Charlot), 3.ª edición. — N.º 3 Douglas Fairbanks, 2.ª edición. — N.º 4 Mary Pickford, 2.ª edición. — N.º 5 Charles Ray. — N.º 6 William Duncan, 2.ª edición. — N.º 7 Pearl White, 2.ª edición. — N.º 8 Gustavo Serena. — N.º 9 Pina Menichelli. — N.º 10 Max Linder. — N.º 11 Margarita Clark. — N.º 12 Eddie Polo. — N.º 13 María Walcamp. — N.º 14 Wallace Reid. — N.º 15 René Cresté. — N.º 16 Hesperia. — N.º 17 Roscón Arbuckle (Fatty). — N.º 18 Mabel Normand. — N.º 19 William S. Hart. — N.º 20 Juanita Hansen. — N.º 21 Sessue Hayakawa. — N.º 22 Dorothy Dalton. — N.º 23 George Walsh. — N.º 24 Susana Grandais. — N.º 25 Tom Moore. — N.º 26 Norma Talmadge. — N.º 27 Harry Houdini. — N.º 28 Paulina Frederick. — N.º 29 Harold Lloyd. — N.º 30 William Farnum. — N.º 31 Madge Kennedy

La colección ricamente encuadrada de este primer volumen: 12'50 ptas.

- | | |
|-----------------------|---------------------------|
| N.º 32 Antonio Moreno | > 45 Grace Cunard |
| > 33 Huguette Duflos | > 46 Jack Pickford |
| > 34 Leon Mathot | > 47 Alla Nazimova |
| > 35 Henny Porten | > 48 Ossi Oswalda |
| > 36 Tom Mix | > 49 «Maciste» |
| > 37 Carol Holloway | > 50 Priscilla Dean |
| > 38 Tullio Carminati | > 51 Jack Dempsey |
| > 39 Geraldine Farrar | > 52 Mary Miles Minter |
| > 40 Frank Mayo | > 53 Georges Carpentier |
| > 41 María Jacobini | > 54 Alice Brady |
| > 42 Harry Carey | > 55 F. Ford (Conde Hugo) |
| > 43 Ruth Roland | > 56 Klara Kimball Young |
| > 44 Monroe Salisbury | |

El próximo día 29 de diciembre aparecerá el

ALMANAQUE

DE

“TRAS LA PANTALLA”

Para 1922 :: Precio popular

S U M A R I O :

Santoral del 1.er semestre del año. Composición en viñetas.

Al público. Ojeada retrospectiva y propósitos para lo venidero de "Publicaciones Cosmos".

El año cinematográfico. Estudio de las películas más importantes estrenadas durante el año 1921—Ilustrado con grabados de escenas y retratos de los principales intérpretes.

Los estudios cinematográficos. Relación interesante de la forma en que confeccionan las películas las manufacturas más importantes del mundo. Ilustrado con vistas de interiores y exteriores de las mismas.

Los artistas españoles y el cine. Datos críticos de los actores Ernesto Vilches, Margarita Xirgu, Enrique Borrás, Irene López de Heredia, Rafael Calvo, Raquel Meller y Francisco Morano. Ilustrado con escenas y retratos.

Una carta de Antonio Moreno. Epístola dirigida a "Tras la Pantalla".

Una intervju con el gran artista. Biografía de Antonio Moreno, escrita por su secretario particular y especialmente para ser publicada en "Tras la Pantalla". Ilustrada con profusión de grabados de escenas y retratos de sus mejores producciones.

Los artistas de la pantalla en la intimidad. Ilustrado con fotografías indicadas al objeto.

Santoral del 2.º semestre del año. Composición en viñetas.

La moda entre las estrellas de la pantalla. Disquisiciones sobre la manera de interesar en público y en privado de las más elegantes artistas del lienzo, con ilustraciones de las últimas creaciones de la moda.

Los reyes de la risa. Estudio comparativo de todos los artistas cómicos desde Max Linder a Biscot. Ilustrado un interesantes grabados de los mismos.

Este Almanaque será un documento interesante para
- - todos los aficionados al arte cinematográfico - -